





# EL RABIOSO OBSERVADO



Luis Alberto Guevara Hidalgo

# EL RABIOSO OBSERVADO



Primera edición: enero de 2022

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Luis Alberto Guevara Hidalgo

ISBN: 978-84-19151-14-8

ISBN digital: 978-84-19151-15-5

Depósito legal: M-37266-2021

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano 5

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*Para la memoria de mi padre:  
dejaste huellas en muchas vidas.  
Para mi madre, quién a la distancia  
siempre está a mi lado apoyándome.  
Y para toda mi familia,  
quiénes están en cada rincón del mundo.*





## PRÓLOGO

El Perú tuvo una historia desde su independencia dictaduras militares, uno de ellos encabezada por el general Velasco Alvarado entre 1967 y 1974, y por lo que es más triste por un ciudadano civil de descendencia extranjera entre 1990 y 2000. Durante esos años, en las ciudades universitarias se creaban organizaciones políticas de todas las marcas posibles para enfrentar los atropellos, frenar toda censura ideológica, persecución y crímenes de algunos estudiantes de políticas radicales.

Aquella atmósfera nublada de reuniones de los candidatos, de los obreros y estudiantes en las principales plazas de la ciudad de Lima, obraba en un pesimismo, desaliento y sin futuro del país de los años venideros, fue el núcleo que me impulsaron a armar una historia inspirados en mi alma máter y de un compañero de estudios. Poseía esas facciones del buen orador, de ser alguien en la política interna y externa de la universidad, lo veíamos entre semana parado en la esquina de la facultad realizando discursos rabiosos a toda la comunidad universitaria, pero a los pocos años de graduado se lo llevó el cáncer.

Para inventar la historia, tuve que introducir dos personajes más, que mezclando y uniendo virtudes de otros compañeros que conocí, para darle forma y que cobraran vida gracias a las libertades de la ficción. Y por las amenazas de parte del terrorismo internacional a las grandes potencias, la otra locación, Sídney, Australia, fue ideal más algo de fantasía, ilusiones e indicar que la vida se moviera en la física cuántica y un mundo real. Jugando con el tiempo,

espacio de las coordenadas virtuales y reales en dos dimensiones paralelas, que tratarán de salvarnos y guiarnos que sería sin duda, más adelante uno de los grandes acontecimientos de la humanidad que nos enfocará en un nuevo destino.

Sídney, octubre de 2020

## UNO

Contemplábamos a los navegantes que dejaban llenar el vaso de vino y empezaron a beber a sorbos delicados. En el exterior de la casona se dibujaba vistas de hermosos valles, y la finca que albergaba las bodegas de vinos espumosos. Varias velas ardían en cada esquina de la casa y se olían los toneles de vinos completamente macerados del sótano. Las mesas grandes decoradas de uvas rojas y verdes, muchas botellas, y sobre el piso numerosas almohadas de colores descansaban los tacones y los pies de las finas señoras del reinado, usando sus largas y decoradas gorras de flores. Entre los presentes, el marino James Cook conversando con sus discípulos y contándoles sus hazañas del descubrimiento de unas tierras para los convictos y presidiarios.

—Qué linda casona, huele bien y qué decoraciones.

—Así es, qué lindo paisaje se aprecia, y aquí pueden descansar mis pies sobre estas almohadas sin quitarme los zapatos.

—Sí, tienes razón.

—¿Se dieron cuenta?

—Creo que no, si no ya nos hubieran expulsado.

—¿Y esos marinos? Creo que están discutiendo.

—Es un navegante que descubrió New Holland.

—Pero tengo entendido que fue la navegación española, los portugueses y los holandeses que avistaron y señalaron esas tierras. Existen mapas y cartas cartográficas.

—Así es, pero años después los documentos y mapas fueron aprovechadas por la Armada británica.

—Observa, uno de los navegantes se acerca.

El atractivo desconocido parecía pasear su mirada distraída-mente sobre ellas. La menor percibió cómo sus ojos se detenían en ella con un parpadeo y una sonrisa cómplice que remontaba y subía desde sus pechos hasta sus labios carnosos. ¿Era su imagi-nación? Mientras tanto fingía sacudir ligeramente los pechos de su blusa verde y cruzar las piernas como en un cabaré.

—¿Así?

—¿Qué querrá?

—Es guapo, observo que tiene una mirada muy penetrante.

—No juegues con tu mechón de pelo, y deja esa sonrisa radian-te que muestras.

—Con esto bastará.

—Bueno, pronto lo sabremos.

—Buenas noches, señoritas. Les he estado observando y me preguntaba si pudiera sentarme a su lado y ofrecerles unas copas de vino.

—Claro, ¿cómo se llama usted?

—En primer lugar, no se dirija de usted. Me pueden llamar Giordano.

—Su rostro me parece familiar. Tiene una apariencia de los prusianos. Creo que usted debió estar en la primera y segunda gue-rra, ¿no es cierto?

—Disculpe, señorita, me ha puesto nervioso con esa pregunta. No sé de qué me habla, no sabía que las guerras tenían números.

—Ah, bueno, disculpe, tenemos que retirarnos, hasta pronto.

—Está bien, señoritas, que tengan buen día.

—Levántate, y vamos rápido.

—Ah, ¡mira! Un niño te está mirando. Qué gracioso.

—¿En dónde?

—Ahí, a tu costado, detrás del cuadro.

—Ah, sí. Qué guapo chiquilín.

—¿Vamos?

—No. Ya han regresado por nosotras.

—Lo sé.

—El padre se va a molestar, ya no vuelvas a hacerlo.

—Solo una vez más, muchos lo están haciendo; en fin, pronto nos iremos, ya hemos cumplido. Y nuestros niños espirituales tendrán un aura bueno como los demás lugares.

\*

En la trama de tiempos que se aproximarán, se separarán o se ignorarán. No existirán en la mayoría de esos tiempos, cada uno en su propia existencia holograma en tiempo, espacio y energía.

Por el otro sitio del mundo virtual de la vida de Santos, en la coordenada dos, el presidente de Japón disolvía la cámara de senadores y diputados, la dictadura de un ciudadano extranjero empezaba. Mientras en ese momento, de los cuatro extremos de las facultades de mecánica, química, ambiental y de petróleo se asomaban la muchedumbre. Alumnos observaban desde las ventanas, las fotocopiadoras hacían un alto en sus trabajos y la vendedora de chupetes que cantaba: no chupa, no chupa, realizaba su agosto. La bandera bicolor y de la universidad empotrados en las paredes, pancartas colgadas desde los techos, emblemas de color ladrillo en cada poste de alumbramiento con inscripciones en letras doradas. En uno se leía: «Por la libertad»; y en otro: «Por la justicia». Dos enormes parlantes, toda la multitud con pitos y algunas pancartas. Había largos murmullos, exclamaciones, lisuras y conversaciones frente al pabellón central. El jefe del tercio estudiantil, que no lo era legalmente, pero mandaba en todas las siglas políticas del estudiantado, con seis presidentes del tercio a su derecha y seis a su izquierda, sin ningún papel entre sus manos, mirando al frente y en ambos costados, seguía:

—Orando en el trabajo de transformar profundamente las políticas de las universidades, rescatando las esencias populares y revolucionarias del tercio estudiantil. Agitando la bandera universitaria para que se enciendan los espíritus, y para que el alma máter com-

prenda que no hemos ingresado para continuar con la misma crisis de siempre, o para celebrar el dinero de los que lo administran. Sino para constituir la voz del estudiantado, principalmente del graduado y el avance tecnológico y de la justicia social universitaria.

Aplausos, gritos, arengas de la multitud, incluyendo los profesores, jefes de prácticas y trabajadores, corría su nombre de boca en boca entre los estudiantes que estaban al frente del pabellón central.

—Por eso, colegas, compañeros y camaradas, en estos momentos de recuerdos, que son momentos de emoción, vivimos también momentos dramáticos de transición de inicio de transformación y de alumbramiento de una nueva ley universitaria. Y en estos momentos y en este día, es importante hacer de nuestro recuerdo del estudiantado, un instrumento afirmativo para la responsabilidad que tenemos. Y recordar al joven estudiante de 1915, y recordar al reformista universitario de 1918, y recordar a quien en 1919 se juntó a los obreros, uniendo estudiantes y trabajadores por primera vez. Y recordar a quien, en 1923, recibieron bautizo popular y de sangre al frente de las casas de estudio. Y recordar a quienes entonces escucharon ¡el llamado! de la Revolución de México, ¡el llamado! de la Revolución cubana, alentando el antimperialismo difundido y luchando por dar un sitio en la historia al estudiantado. ¡Todo eso ahora recordamos! Porque trabajar con el terció estudiantil recordando ¡todo eso! es cumplir con el estudiante. No todo aquel que diga «¡ya ingresé!, ¡ya ingresé!» y «ahora soy estudiante» es leal a la universidad y su camino histórico. Nosotros debemos ser un estudiante actuante y revolucionario. Nosotros necesitamos un estudiante de transformación, de esencia popular y de vibración latinoamericana. Y es en nombre de ese estudiante que yo vengo a saludar en esta tierra del alma máter, donde reposa la luz, de donde nació también, y vengo a decirles a todos ellos, que largo camino, la vieja promesa, y la larga andadura histórica no serán traicionados. Que aquellos que entregaron en la ciudadela su vida, ¡heroicamente!, no serán traicionados. Que los estudiantes de todas las univer-

sidades del país que fueron expulsados y ¡marginados!, no serán traicionados. Que no serán traicionados los jefes del tercio como líder popular que fueron asesinados. Que no serán traicionados los estudiantes que lucharon por la libertad y encontrados en Cienguilla y en Chosica, así como también sus familias. Y que no serán traicionados el estudiantado en su esencia y hambre de justicia, y que en esta ocasión en que mucho tiempo después, tenemos todos los del tercio estudiantil la oportunidad de hacer dirección a toda costa.

Arengas, lisuras, las banderitas bicolors y de la universidad flameaban en toda la multitud, desde las azoteas y de las ventanas de los salones levantaban las manos y puños, al compás de los gritos y aplausos de los estudiantes con mucho fervor universitario.

—Estamos, pues, camaradas, en la línea de la reforma universitaria que encendió en los jefes del tercio estudiantil el afán del pensamiento y de la libertad, y en esa línea de independencia ideológica hemos iniciado nuestro camino de desarrollo tecnológico. Y hemos reivindicado una concesión estudiantil de desarrollo interno, aumentando el conocimiento en ciencias para ser producir más y más a la universidad, ejercer en el campo tecnológico y vías de desarrollo económico de nuestra nación. En la línea de la Revolución ¡mexicana!, que ¡educó! a los jóvenes del 1910 y 1920, y que la música llegó a todos los estudiantes con el canto del estudiantado: somos y seguiremos siendo antimperialista, enarbolando el gran problema de los estudiantes pobres, para sacudir con ella, las conciencias de toda América Latina y para hacer nuestra alma máter, un alma máter piloto en la reiniciación de los estudiantes pobres de la humanidad.

Arengas, gritos, comentarios y aplausos de los estudiantes, de las meseras reunidas en las esquinas de los minirrestaurantes, cafetines, las chicas de las fotocopiadoras, bibliotecarias, laboratoristas, profesores, secretarías y otras entidades.

—¡Por la libertad!, ¡por la justicia!, ¡siempre adelante, ningún paso atrás! ¡Viva nuestro compañero Roberto!, ¡viva nuestra alma máter!

Bramidos, arengas con bocinazos, con bombos y platillos, olas de las banderas y gallardetes que se propagan en la ciudadela principal entre el perímetro y el estrado de honor, silbatos y bombardas se escuchaban en toda la ciudadela estudiantil.

\*

Simultáneamente en el mundo virtual de la vida de Roberto, en la coordenada uno, las pampas de Ayacucho se vestían de nubes de polvo, y avanzando día y noche como una ola haciendo flotar las cosas ligeras a su paso.

Me acuerdo en mi habitación en Ayacucho, una madrugada escabrosa, mientras escuchaba flamear la bandera aceleradamente, observé numerosos desagradados negros. Caminaban en el comedor de mi casa, me estaban mirando con unos ojos verdosos brillosos y corrían de un lado a otro. La neblina se encrudecía y opacaba las ventanas dejando huellas lineares oblicuas de las lloviznas de la noche, que provocaba una confusión de ramas de hojas de plátano y rebaño en movimiento. Mis nervios reproducían latidos fuertes en mi corazón, se erizaban los pelos de mi brazo y se ponían como piel de gallina. No quería seguir mirando, me cobijé y me tapé con la frazada.

Me gustaba apreciar a las mujeres antiguas de los cuadros que estaban empotrados en cada recinto y a lo largo del pasadizo de la casa de mi abuela. Todos eran de la época colonial, pero, no sabía exactamente si eran españolas o inglesas. Las lindas mesas de patas de araña con tres esculturas que los sostenía y otras con algunas patas de dinosaurios, reposaban sus lindas manos con sortijas enormes en cada dedo sosteniendo un vaso de vino. Brillaban los sombreros grandes y multicoloridos, la sentada forma de la mujer se agitaba ágilmente en la enorme silla con patas de culebras, descansando los tacones cremas cocidas y decoradas sobre un par de almohadas largas y azules.



La hermana de mi abuelo con un semblante triste y con los ojos medios llorosos, estaba lista para un viaje el día de Navidad, para cubrir una plaza laboral como enfermera en la selva de Iquitos. Con los ojos bien abiertos me mostraba los cuadros, pero, solo uno me llamó la atención, era pequeño y me asombró una mujer que no llevaba las decoraciones de aretes, pulseras y los famosos sombreros de aquella época. Le pregunté a mi tía quién era la chica que llevaba un dibujo de mujer en su hombro. Ivanna observó ocupadamente mientras me atrapaba tal cuadrito que irradiaba alegría y hacerme sentir inmóvil.

—¡Qué foto tan rara! —expresó mi tía.

—Robertito, pasa a tomar tu lonche con la taza favorita de los incas —llamó mi mamá que estaba conversando con la vecina de mi abuela, seguro para dar otros chismecitos cotidianos del vecindario.

—Mira tu hijo que no se mueve —dijo la vecina—. Está como hipnotizado mirando el cuadro.

—Robertito, coloquemos los cuadros en su sitio, tu abuela puede molestarse, gastó mucho dinero —dijo mi tía.

Habían pasado los años, y en algún lado difícil de precisar, un ventarrón de aire se avecinaba sobre las pampas de Ayacucho. Donde gemían los ruidos de los tornados que se avecinaba, el polvo de los arenales cubría las casas y la plaza central obrando remolinos y ondulaciones. Las ventanas del hotel zumbaban por el fuerte viento, se apreciaba al frente una iglesia, la puerta que comunicaba con el municipio oscilaba a golpes y lo escuchaba a ratos desde mi cuarto. Rezaba a ratos, contemplaba la plaza, a las carretillas de los ambulantes de emoliente, sus calentitos de aguardiente, e inspirarme en ideas para seguir escribiendo.

Quería cambiar la historia que me atormentaba en demasía, lloraba sosteniendo la carta, a veces gritaba, no quería ver a nadie y quería estar solo. Tomándome un respiro de mis dedos con callosidades, limpié la mesa y coloqué botellas de cervezas, ron, pisco, y whiskey, para beber y pensar en los siguientes capítulos, escuchar

música y embriagarme. Después introducirme de lleno a terminar la novela día y noche hasta el cansancio.

La cocina tenía suficiente espacio para todos, con olores agradables de comida orgánica, con pintura ligera, uniforme, y las molduras de la puerta fuertes y macizos. Ayudaba a preparar el almuerzo después de una larga travesía de trabajo en el campo de cultivo. La mesa, enorme y oscuro de color marrón, y brillante bajo la luz de la mañana que se resplandecía a través de los cristales de la sala y auténtico de roble. Mis narraciones de mi inquietud de ser escritor y viajar a varios países, sobre todo, adonde, abundaban la enseñanza de la literatura les producía vértigo de miedo y tristeza. Nunca en la familia se había alejado nadie del seno familiar. Trataba de convencerles de vivir en los rascacielos de la ciudad moderna, debido, a que siempre me consideraba un hombre de la ciudad y no del campo, aunque me gustaba la naturaleza y vivir en ella. «Pertenezco a la ciudad», me decía constantemente. Me inspiraba en la vida bohemia del actor Frank Sinatra, y sus músicas famosas que tanto le gustaba a mi padre. El comedor poseía dos sillones, uno grande en una esquina y el otro mediano frente al televisor, y varias sillas de patas de gato. Prefería el primero, tenía la costumbre de sentarse cómodamente, en un recinto de la sala frente a la radio, y disfrutar de la música del cantante. Siempre acompañado de un vaso de whiskey y un libro entre sus manos, que se sumergía de lleno casi todo el día entre los fines de semana en la música clásica, y devorar todas las páginas.

—¿En qué piensas, Roberto? —preguntaba mi mamá—. Te he notado muy pensativo estos días.

—Estoy muy preocupado sobre mi futuro cuando viajemos a Lima y dejar nuestra casa —dije, seguía comiendo mi papa rellena que era uno de mis platos favoritos a parte de la causa y la ocapa—. No quisiera irme de aquí y dejar todo, mis amigos, mi dormitorio, la granja, mis ovejitas y extraer la leche de la vaca.

—Tendrá que ser así —dijo mi papá—. Si todo va bien, y se mejore la situación, podemos regresar.

—Ojalá así sea —dije, miro por los cristales el rebaño, el cultivo—. Justo, ahora que ya puedo ayudarte en los cultivos de las legumbres.

Suena una avellana en el cielo, brinda luces rojas y amarillas iluminando la plaza de Chonta, en la parte sur de Ayacucho. Se apreciaba el paso de la banda de un colegio nacional, globos de varios colores son esquivados, pero, otros sin suerte soportaban el dolor a sabor a carcajadas de alegría. Mientras, otro grupo danzaban alrededor del árbol que simbolizaba la yunza. Seguían los reventones de las avellanas, el paso de la vaca loca alrededor de la plaza y de la gente, que daba chispazos en las orejas, nariz y por la boca, correteando a todo aquel que se le enfrentase. Haciéndoles bailar, correr y asustando al público que se dibujaban en su rostro unos mimos pintados de color blanco y completamente mojados.

Los días transcurrían, un día por la tarde el calor infernal llegaba hasta llegar a los treinta y cinco grados, que provocaba a la población que se reunieran en los diferentes rincones de la plaza, sentarse en las bancas, en el jardín, y saborear las delicias culinarias del pueblo. Muchos campesinos que albergaban las cantinas bebiendo cervezas locales en demasía, continuaban el siguiente paso, dormir en las bancas, al costado de las faldas de los árboles, en las veredas, al costado del monumento de la plaza, o platicaban mesuradamente y reían con disonancia. Tras sus voces se escuchaban a los perros ladrar de hambrientos y sedientos. Los niños, adolescentes y adultos, jugaban al carnaval público, se lanzaban los globos multicolor en sus cuerpos, y de vez en cuando, que lo permitía se dejaban pintar los rostros con betún negro y polvo blanco, luego ser cargado con cuatro personas y llevarlos a un charco de agua y embarrarle por completo. Por el otro lado, el Perú retornaba a la democracia, después de quince años de corrupción y se convocaban una vez más las elecciones presidenciales.

A lo largo de esos días del mes, el pueblo disfrutaba de las procesiones y fiestas patronales. El alcalde anunciaba la clausura en la cede principal, y contemplaba la alegría de la población. Tarareaba

desde mi casa con mi mamá las notas del himno nacional, al oír en una confusa mezcla de trompetazos y cantos descoordinados con el mismo sonido, que llegaba segundo y medio después a través de los vientos. Los primeros juegos pirotécnicos se elevaron en completo silencio, y la segunda tanda ascendía llegando a los oídos de todo el pueblo los ruidos y explosiones de las bombardas de colores azul, amarillo y verde. La esposa se recostó en la silla del estrado saludando a sus partidarios de su esposo, y llenándose con las estrellas fugaces y olvido de los problemas municipales.

Nadie había visto nada, ni se percataron que en una de las esquinas de la plaza había explotado un coche bomba a veinte metros de la multitud, alcanzando a muchos ambulantes, transeúntes que merodeaban dentro del perímetro, dando muerte al alcalde y a su esposa. Los comandos del terror lo transportaron a su misma camioneta que estaba al lado, ninguno de los presentes podía imaginar lo que sucedería. Después, colocándole un collar de granadas que, minutos previos a su detonación le dieron un disparo de gracia en la frente, presionando la detonación provocando el estallido de la camioneta a pedazos.

Esa noche me encontraba tomando un té bien cargado de manzanilla en la taza del inca que me regaló mi nana. Con los cantos que le producía inspiración en cocinar y acomodar la mesa para cenar, mi mamá cantaba, tarareaba, silbaba con mucha lucidez al compás de los gemidos de la música de la festividad. Mi papá estaba bañándose y a la vez silbaba las melodías de la música jazz. Poco minutos después, observé los cristales que rodeaba el comedor quebrantarse y esparcirse como galletas en todos los recintos de la sala, y en cámara lenta observaba como mi mamá se tapaba los oídos de la fuerte explosión, que provocó un desconcierto total. No sé ¿cómo?, ¿de dónde saco fuerza y valor? que me arrastró por debajo de la mesa del comedor para cubrirme con sus brazos. Luego mi papá se nos unió y nos dirigió hacia al jardín para más seguridad. Nos quedamos atónitos al contemplar la humareda de color rojizo en el cielo, el olor a pólvora, a la gente gritando, co-

riendo despavoridos por todas partes sin dirección alguna y estar protegidos.

La alarma de los bancos, carros, casas, comisarías y factorías sacudían los oídos. Las luces de los perímetros eran tenues, la luna apenas se veía, todos corriendo en cualquier dirección a buscar refugios. Las familias miraban con tristeza y pavor a través de las ventanas de las casonas coloniales de adobe, otras de las iglesias, de los restaurantes, cantinas, el árbol en llamas que se consumía lentamente, indicaba la última yunza y no habría paz. Nunca se me olvidará, aquella pampa tradicional llenos de lomas, algunos lagos, árboles, arbustos a donde se presenciaba paz y tranquilidad. En donde, se podía jugar, correr, hacer ejercicios al compás del viento que soplaba en demasía. Que provocaba mares de arena y de sonido estruendoso que, desde el horizonte nos sumergíamos sobre las lomas y chapucear, o deslizarnos sobre los acantilados con mis amigos usando petates o pedazos de cartón.

\*

Entretanto, lo que ocurría en el mundo virtual de la vida de Santos, en la coordenada uno, era que el presidente Velazco Alvarado, después de seis años de gobierno, fue destituido de su cargo por la inhabilidad de una de sus piernas. Su fiel amigo pasaría a juramentar como nuevo presidente, anunciando que dentro de un par de años se convocaría a una vez más a elecciones generales.

Desde el horizonte del desierto, donde cubría una capa rojiza de nubes sobre la tierra, y las hileras de algarrobos, como si parecieran cosechas de uvas, se escuchaban llegar los gemidos de los vientos crudos, llenos de arena y olor de algarrobo maduro. En donde se apreciaba en el desierto a los gallinazos devorando a los gatos, vacas, zorrillos y ratas muertas. Se contemplaba una cantidad de pozos petroleros realizando su labor de producción, esparcidos en las vastas zonas que aún quedaban, después de que fueron arrasados por la corriente del niño.